

Don Bosco en el ocaso de la modernidad: aproximación histórico-crítica al contexto que forjó al educador-pastor

Don Bosco in the decline of Modernity: a historical and critical approach to the context in which the educator and pastor was forged

JOSÉ MIGUEL NÚÑEZ (SDB)

DOCTOR EN TEOLOGÍA DOGMÁTICA Y EN FILOSOFÍA.

CONSEJERO GENERAL PARA EUROPA OESTE

Resumen

En estas líneas el autor se acerca a la poliédrica figura de don Bosco desde el punto de vista del contexto sociopolítico y religioso en el que el santo educador madura su opción vocacional y su proyecto pastoral con los adolescentes y jóvenes de la Turín pre-industrial. El contexto forja al educador-pastor, pero al mismo tiempo sus intuiciones socioeducativas, su ardor evangelizador y la genialidad del sistema preventivo se convierten en impulsos de humanización que contribuyen decisivamente a la renovación de una sociedad en profundo cambio cuando ya declinaba el siglo diecinueve.

Palabras clave: contexto sociopolítico y religioso, jóvenes en dificultad, educador-pastor, Sistema Preventivo.

Abstract

In this text the author approaches the multi-faceted figure of don Bosco from the point of view of the sociopolitical and religious context in which this saintly educator developed his vocational choice and his pastoral project for young people in pre-industrial Turin. This is the context that shapes the educator and pastor but, at the same time his social and educational insights, his zeal as an evangelizer and the genius of his educational system gave momentum to human potential which contributed directly to the renewal of a society undergoing profound change as the nineteenth century was drawing to a close.

Key words: Sociopolitical and religious context, at-risk youth, educator-pastor, Preventive System.

1. INTRODUCCIÓN

Un hombre no lo es sin su contexto y la cultura en la que vive. Nos forjan el seno materno y el hogar en el que venimos al mundo. Pero somos también, en buena medida, cuanto la realidad social, el tejido cultural y el devenir histórico que protagonizamos determinan nuestra libertad como seres humanos. Los grandes hombres tampoco se han sustraído a esta regla y don Bosco no es una excepción. Al santo educador, al pastor de jóvenes, al hombre capaz de transformar la realidad social que le envuelve no se le puede entender sino en el contexto socio-cultural, religioso y político en el que vive y que marca todo su proyecto. Si bien, es importante remarcar enseguida (para no ser acusado de determinismo) que tal *encarnación* no resta nada a cuanto de genialidad y de bendición sobrenatural son perceptibles en los acontecimientos que protagonizará Juan Bosco desde su más tierna infancia. Él mismo, desde la atalaya de sus sesenta años¹, releerá toda su historia, cuanto ya es y ha vivido, marcado por el tiempo que le tocó afrontar y desde la clave bien precisa: la que le ofrece el hilo rojo de la Providencia presente en todo su camino y que da sentido global a la percepción que tiene de sí mismo y de la misión encomendada.

Don Bosco y su época. Echemos una ojeada al contexto en el que situar al sacerdote y pastor de jóvenes. Situémoslo en la historia que protagonizó y el contexto en el que forjó su propio perfil de educador y llevó adelante su proyecto como fundador de una nueva familia religiosa. Colocar al hombre en su tiempo nos permitirá comprender mejor su figura y su obra apreciando con más claridad el entreverarse de lo sobrenatural en los acontecimientos vitales de un santo profundamente humano.

2. DON BOSCO Y EL SIGLO XIX EN EUROPA

Juan Bosco es un hombre del XIX. Un siglo en el que se transforma el rostro de Europa tras la caída de Napoleón y el surgir de la revolución liberal. Un

¹ «...Perciò mi fo qui ad esporre le cose minute confidenziali che possono servire di lume o tornar di utilità a quella istituzione che la divina Provvidenza si degnò affidare alla Società di S. Francesco di Sales»: en *Memorie dell'Oratorio* (Bosco, 2011, p. 57), en adelante MO. Don Bosco escribió las *Memorias del Oratorio* entre 1873 y 1875, cfr. A. Giraud, *L'importanza storica e pedagogico-spirituale delle Memorie dell'Oratorio* (MO, vol. 7).

tiempo que ve nacer la nueva Italia de la unidad política y social, que modifica profundamente el poder temporal de la Iglesia o en el que se impulsa una imponente revolución industrial en Inglaterra y en Francia que afectará de forma incipiente al Piamonte a partir de los años cuarenta. Por citar sólo algunos de los acontecimientos que marcarán el devenir de la historia del propio don Bosco. Vayamos por partes.

2.1. La cornisa socio-política

Comencemos con una pincelada sobre la situación política en Europa tras la caída de Napoleón. Don Bosco nace en 1815 en la región del Piamonte², en una Europa que se debate entre la restauración del *Antiguo Régimen* (anterior a la revolución francesa de 1789) y el afianzarse de las ideas liberales que habían comenzado a prender con fuerza en algunos países a partir de la Constitución Española de 1812, aprobada por las cortes constituyentes de Cádiz y que se extendían como un reguero de pólvora por todo el continente. Precisamente en junio de 1815 se concluía el Congreso de Viena, convocado por el emperador de Austria Francisco I, que buscaba a toda costa la restauración del viejo orden frente a quienes propugnaban una revolución y un nuevo orden político que instaurase las libertades constitucionales y promoviese la independencia de los estados.

En el año en que nació Juan Bosco, tras la declaración del Congreso de Viena, la Casa de Saboya mantuvo la independencia del Piamonte, si bien Víctor Manuel I (monarca reinante en el Reino de Cerdeña con capital en Turín) mantenía vínculos con Austria por su matrimonio con la princesa María Teresa y quedaba, por tanto, bajo la influencia del emperador. Tal situación creará, en las décadas de los años veinte y treinta, una gran inestabilidad política al socaire del triunfo de la constitución liberal en España, Portugal y el reino de Sicilia.

En la península itálica, las ideas liberales no se pararán y, tras los intentos fallidos en Piamonte y en Nápoles de sendas revoluciones entre 1820 y 1821, reducidas con relativa facilidad con la ayuda de Austria, volverán con fuerza

² Para la situación política del Piamonte en tiempos de don Bosco, cfr. Lenti (2011, pp. 149-151), en adelante AL 1. También, cfr. Braido (2009, pp. 21-66), en adelante PB 1.

arrastradas por el viento de la revolución francesa de 1830. El movimiento de la *Joven Italia* que lidera Mazzini esta vez será imparable. *Il risorgimento* prende mecha con fuerza y un nuevo orden político, social y económico se impondrá en Italia y en Europa.

2.2. El ocaso de la modernidad

El siglo XIX es un siglo de conquistas al que Braido (2009) se refiere como *el siglo de las libertades*³. En lo que se refiere a la cultura, el continente europeo vive algunas revoluciones vanguardistas que expresan la efervescencia de las ideas políticas, sociales y económicas en cambio⁴.

Desde el punto de vista del pensamiento filosófico, Europa parece llegar al ocaso de una modernidad que está marcada por la utopía del progreso ilimitado ante el desarrollo de la ciencia y de la técnica, el absoluto de la moral kantiana del deber y la metafísica clásica.

Es la Europa en la que Nietzsche profetiza la muerte de Dios en la cultura moderna, en la que el filósofo se aventura a vivir más allá del bien y del mal y propone un nuevo amanecer, una nueva aurora tras el ocaso en el que sólo será verdaderamente libre quien se atreva a vivir más acá de las estrellas. Es la lógica de la «muerte de Dios» anunciada por Zaratustra. En ella, no se anuncia una verdad objetiva sustitutoria de la tesis metafísica de Dios, sino que se narra la insuficiencia de una «hipótesis excesiva» (la de la existencia de Dios) que ha cumplido sus objetivos históricos y culturales. La «muerte de Dios» en el pensamiento de Nietzsche es considerado por muchos como punto de llegada y de partida a un tiempo del ocaso de Occidente. El «Dios moral» que ha predominado en la modernidad queda desvirtuado en el pen-

3 «El Ochocientos europeo es producto de las revoluciones de su época y a su vez artifice de una evolución que posteriormente modifica un orden antiguo que había quedado intacto» PB 1 (p. 19).

4 La historia de la ciencia con W. Whewell acuñará el término «científico» (en lugar del tradicional «filósofo natural») en lo que supuso mucho más que un cambio terminológico. Se impulsó decididamente el método científico desde una óptica neokantiana y tomando como punto de partida la física newtoniana. En el arte, el movimiento más significativo del vanguardismo de la época es, sin duda, el impresionismo. Todo lo contrario a la pintura metafísica predominante hasta la primera mitad del XIX, el impresionismo busca la luz más que la forma, el instante más que la identidad de cuanto se plasma.

samiento occidental tras la propuesta nietzscheana y deja expedito el camino para que otras experiencias puedan abrirse paso⁵.

Mientras la teología de inicios del XIX ha perdido su relevancia intelectual y asiste, impávida, al resquebrajarse del sólido edificio del saber teológico que había alcanzado su madurez en la escolástica y de modo especial con Tomás de Aquino. La razón, hasta ahora al servicio de la fe, encuentra, en el pensamiento filosófico europeo, caminos que la desligan del *creer* religioso y recorre senderos nuevos en movimientos que toman el punto de partida del racionalismo cartesiano y asumen las tesis del empirismo, el subjetivismo, el escepticismo o el pensamiento evolucionista. Los *maestros de la sospecha* asestarán un golpe mortal a la debilitada teología católica que ha de vérselas, además, con el nuevo vigor de la teología protestante en el *movimiento liberal* nacido fundamentalmente en Alemania.

La respuesta no se hizo esperar. La escuela teológica de Tubinga, especialmente con Johann Adam Möhler propiciará un importante cambio en el quehacer teológico en el ámbito católico, superando la inercia de una apologetica de vuelo corto incapaz de afrontar los retos que la nueva situación cultural y filosófica planteaban al pensamiento católico.

2.3. La teología de los años treinta en el Piamonte

En Italia, la situación era bien distinta en tiempos de don Bosco. Arraigada en un catolicismo de corte tradicional y restaurador, «el cambio de paradigma que el espíritu crítico había introducido hacia la teología bíblica, histórica y positiva no impactó la enseñanza del seminario durante la mayor parte del siglo XIX, en Piamonte» (AL 1, p. 276). El seminarista Bosco se formó en este ambiente de una teología «agotada», marcadamente moral y algo ecléctica, en su conjunto, más preocupada por la salvación eterna y por cuestiones

5 «Nietzsche se presenta como el gran anti-metafísico, como el impugnador de las grandes creencias, no solo de la religión sino también las seculares, en las que se incluye la misma tradición marxista. La metafísica de esencias, el carácter deductivo de la realidad, la viabilidad de las pruebas que llevan a la existencia de Dios, piedra angular de la metafísica racionalista en su doble versión ontológica y epistemológica. Todo esto queda impugnado, poniendo fin a una época y una forma de hacer filosofía» Estrada (2005, p. 228).

como el probabilismo o la infalibilidad papal⁶ que por una adecuada síntesis teológico-dogmática. Según Braido:

Desde el punto de vista *cultural*, se puede observar que la formación filosófica y teológica no ha llevado a don Bosco a la formal adhesión crítica a un sistema dogmático y moral bien definido, estructurado y estructurador. Él no egresa poseyendo un método científico de búsqueda y de elaboración conceptual que, en los varios sectores, lo habilite para una crítica formal de las fuentes que emplea. Ello lo llevará a acercarse con mentalidad largamente disponible y ecléctica a los varios autores, sea cuando escribe de temas teológico-religiosos, sea en la narración histórica, bíblica, eclesiástica, civil, sea cuando se empeña en la producción apologética y polémica (PB 1, p. 162).

En definitiva, hemos de concluir que don Bosco fue un hombre *pre-moderno* en el sentido cultural del término. Ajeno al pensamiento filosófico de la vanguardia europea y formado en la teología católica piamontesa de mediados del XIX no pudo intuir el cambio de paradigma en ciernes que anticipa ya el ocaso de occidente en una encrucijada cultural de gran magnitud. En este cruce de caminos, la modernidad presentaba ya los primeros síntomas de cansancio y una nueva Europa se estaba forjando. La Iglesia del Vaticano I no fue capaz de afrontar, a tiempo, el reto cultural que el pensamiento europeo le planteaba. Los esfuerzos se centraron en el intento de mantener sólidamente unido el edificio de la razón y de la fe (*Deus Filius*) y en la defensa del papado con la promulgación del dogma de la infalibilidad del romano pontífice.

⁶ «En los primeros decenios del siglo XIX la diócesis turinesa ofrecía este panorama: en la Facultad Teológica y de Leyes, en los Seminarios y en las Conferencias de moral, en lo concerniente a la moral se enseñaba el probabilismo y en materia eclesiológica (a pesar de la neutralidad oficial) se exponían tesis anti infalibilidad y también críticas referentes al primado. En la práctica pastoral se aplicaba el rigorismo; entre el clero docto, de entre los que se elegían los obispos, eran comunes las ideas moderadamente filo-galicanas» (Tuninetti, 1983, p. 33).

3. TRES CLAVES CONTEXTUALES PARA EL DESARROLLO DE SU OBRA

Hay algunos acontecimientos históricos que encuadran el actuar de don Bosco a lo largo de su vida y marcan fuertemente el devenir de su propio proyecto. Como hombre «profundamente hombre de su tiempo», solo es posible entenderlo desde las claves históricas que le tocó interpretar y vivir. Me refiero ahora, de modo especial, a tres coordenadas contextuales de amplio espectro cuyas referencias están particularmente presentes en las opciones de Juan Bosco y en su manera de concebir la realidad.

3.1. La crisis del campo y el despertar industrial en Piamonte

La revolución industrial que se desarrollaba con mucha fuerza en ciudades europeas como Londres o París en la primera mitad del siglo XIX no se produjo con la misma intensidad en las grandes ciudades de Italia. Aunque a veces se ha atribuido el intenso movimiento migratorio que se produce en Turín a los efectos de la revolución industrial, sin embargo:

No fue así en la capital del Piamonte. Para Turín se puede hablar de un despertar industrial, de su incipiente desarrollo industrial. La mayoría de las empresas manufactureras eran todavía familiares, localizadas en cobertizos y locales libres en el interior de la ciudad, preparados de modo primitivo (AL 1, p. 364).

Lo cierto es que, a mitad del XIX, se produce, en Turín, un crecimiento demográfico importante debido sobre todo a un fenómeno migratorio provocado por la crisis del campo y el empobrecimiento del campesinado. *La Gaceta del Agricultor* describía así la situación en 1848:

Según se va por el campo, en las zonas alejadas de los centros de población, uno se queda asombrado ante el aspecto de los campesinos. En estas zonas, todos, hombres, mujeres y niños están delgados, con escorbuto, parecen cansados, exhaustos por el hambre y por el exceso de trabajo (Levra, 1989, p. 26).

Naturalmente, las consecuencias demográficas, sociales y económicas de esta situación influenciaron claramente en el proyecto apostólico de don Bosco. El éxodo masivo del campo a la ciudad, los trabajadores sin derechos, la mano

de obra barata, la explotación juvenil, la degradación moral, la pobreza son solo algunas de las consecuencias de un incipiente desarrollo económico y empresarial que, en Italia, adquiriría tintes de desequilibrio social. En la región del Piamonte, el tejido industrial tardaría en consolidarse:

Al finalizar el siglo, Turín no contaba aún con una estructura industrial moderna. Las condiciones de vida de los trabajadores eran generalmente duras, con una frecuente desocupación debido a crisis cíclicas, horarios masacrantes, trabajo a destajo, explotación de la mano de obra femenina e infantil, bajos salarios sobre todo con los empleados textiles (PB 1, p. 62).

El impulso de la primera expansión industrial y la crisis agraria atraía a familias enteras de las provincias limítrofes hasta la ciudad de Turín, provocando un notable desarrollo demográfico. Prácticamente, la población de Turín aumentó en la década 1838-1848 un 16.89%, llegando a 136.849 personas en el censo oficial de la ciudad (Stella, 1979, pp. 103-104). Además de la población estable, existía en la ciudad una población flotante que no aparecía en las estadísticas oficiales: militares, estudiantes, trabajadores ocasionales o encarcelados⁷. Tales datos adquieren relieve y concreción cuando la tradición salesiana se refiere a los chicos que ocupaban calles y plazas, desocupados, sin trabajo, buscándose la vida. En las *Memorias Biográficas*, describe don Lemoyne cuanto don Bosco encontró en sus primeros escauceos por las calles y plazas de Turín al inicio de su proyecto:

La parte que daba a Puerta Palacio hormigueaba de vendedores ambulantes, limpiabotas, limpiachimeneas, mozos de mulas, expendedores de papeles, faquines, todos muchachos pobres que iban tirando como podían con su triste negocio... La mayor parte de ellos pertenecía a las llamadas Cocche di Borgo Vanchiglia (Bandas del Barrio Vanchiglia), numerosas pandas de muchachotes juramentados entre sí con pactos de defensa mutua, capitaneados por los

⁷ A algunos de estos se refiere el propio don Bosco en las *Memorias del Oratorio* al preguntarle el Sr. Arzobispo Fransoni sobre quiénes eran los chicos del Oratorio (estamos en 1844): «Son jóvenes, la mayoría de ellos extranjeros que pasan en Turín solo una parte del año» (MO, p. 136).

mayores y más audaces. Eran insolentes y vengativos, prontos a llegar a las manos con el menor pretexto de una ofensa recibida. Como no tenían ningún trabajo, crecían ociosos y entregados al juego y al hurto de bolsas y fardeles. Las más de las veces, acababan en la cárcel y, cumplida la peca de sus fechorías, volvían a Puerta Palacio donde continuaban con mayor maestría y malicia sus bajas costumbres (Lemoyne, 1981, pp. 45-46).

La narración describe, sin lugar a dudas, parte de la situación que se vivía en Turín en la década de los años cuarenta, cuando don Bosco comienza su misión. Él mismo lo describe así en las *Memorias del Oratorio*: «En general, el Oratorio (en 1842) estaba compuesto por picapedreros, albañiles, estucadores, empedradores, canteros y otros que venían de pueblos lejanos» (MO, p. 130). Lo cierto es que muchos que venían a la ciudad en busca de un trabajo, de una vida mejor, en muchos casos, encontraban condiciones de vida y de trabajo deplorables⁸. No pocos acababan delinquiendo y los más trapicheaban por las calles buscando una supervivencia, en ocasiones, casi imposible. Estos fueron los jóvenes «abandonados y en peligro» que conoció don Bosco en la década de los cuarenta en los barrios periféricos de Turín:

Eran, pues, jóvenes del lugar que vivían en los suburbios de los barrios del norte de Turín, tratando de sobrevivir con cualquier medio que se ofreciera, o de muchachos inmigrantes de temporada, empleados marginalmente en el negocio de la construcción. Todos eran jóvenes en riesgo. Don Bosco resalta que, de hecho, muchos de ellos habían estado en la cárcel o estaban en peligro de ir a prisión. Algunos de estos chicos tenían más de 25 años, si bien la mayoría estaban entre los 12 y 20 años. Aunque presentaban diversos problemas personales y provenían de distintas circunstancias familiares, todos pertenecían a la categoría que se designa en la prensa del tiempo como «pobres y abandonados»... A estos jóvenes mayores se debe añadir un gran número de chicos más jóvenes; muchos de los cuales trabajaban en los talleres de manufacturas. Tal práctica, típica de la revolución industrial en Inglaterra y Francia, era ya significativa en Turín (AL 1, pp. 369-370).

⁸ «Deplorable no era solo la 'condición moral' de estos jóvenes: las condiciones de vida, de vivienda, de trabajo lo eran igualmente, cuando no eran la causa de todo lo demás» (Wirth, 2000, p. 48), (Stella, 1980, pp. 71-82).

3.2. La unidad política de Italia

Como ya hemos señalado, la unidad política de Italia es la expresión de la definitiva superación del viejo mundo de la restauración post-napoleónica expresado en el reino del Piamonte y el surgir de una nueva realidad política y social con el consiguiente derrumbe del orden establecido tras la revolución liberal. Tal proceso, entre 1848 y 1861, tuvo también consecuencias importantes para la Iglesia: pérdida de poder temporal, pérdida de los estados vaticanos, pérdida de la influencia moral que había ejercido hasta entonces.

Los movimientos revolucionarios se suceden en la década de los cuarenta. Serán el prelude del fuerte levantamiento social y político que afectará a buena parte de las ciudades de Europa y también a las principales capitales de la nueva Italia. En Turín, Carlos Alberto concede la Constitución el 4 de marzo y lidera la primera de las guerras de la Independencia contra Austria que, en 1849, acabará en derrota y provocará la abdicación del rey (PB 1, pp. 35-39).

La Guerra contra Austria de 1848, la proclamación de la nueva Constitución en Piamonte o la revolución liberal⁹ fueron hechos relevantes que también tuvieron su repercusión en el trabajo pastoral de don Bosco¹⁰. Él mismo lo cuenta en las Memorias del Oratorio:

Este año (1849) fue particularmente memorable. La guerra del Piamonte contra Austria, iniciada el año anterior, sacudió a toda Italia. Las escuelas públicas estaban cerradas; los seminarios –especialmente los de Chieri y Turín–, clausurados y ocupados por los militares; en consecuencia, los seminaristas de nuestra dióce-

⁹ No solo podemos hablar del ideal republicano de Mazzini y del movimiento de *La Joven Italia*, sino que en el movimiento liberal se encuadran otras fuerzas políticas con ideales diferentes respecto a la unidad de Italia. Los neogüelfos del sacerdote Vicente Gioberti esperaban que el Papa liderara el movimiento patriótico y presidiera la nueva federación italiana. El conde Cesare Balbo, que fue nombrado Primer Ministro bajo la nueva Constitución de 1848, postulaba una Italia federal compuesta por estados regionales. Massimo Taparelli D’Azeglio pensaba más en una monarquía parlamentaria con Carlos Alberto como soberano y en una unidad de Italia que no se podría conseguir sin la colaboración del Papa. En cualquier caso, la unidad de la patria pasaba en primer lugar por la expulsión de los austriacos de Italia (ALI, pp. 467-471).

¹⁰ «Los acontecimientos de la Revolución de 1848 son el marco histórico global en el que el Oratorio conocerá su afianzamiento y su desarrollo. Fueron tiempo turbulentos que pedían valentía y prudencia, en especial a una persona que tenía certezas teológicas inamovibles sobre el poder papal, como don Bosco» (AL 1, p. 487).

sis quedaron sin maestros y sin lugar donde reunirse. Fue entonces cuando, para contar por lo menos con el consuelo de haber hecho cuanto se podía para mitigar las calamidades sociales, se alquiló por completo la casa Pinardi¹¹.

El número de jóvenes alojados llegó a la treintena. Don Bosco aumentó las clases, amplió la Iglesia y duplicó el campo de juego. Acogiendo a los seminaristas, Valdocco cumplió las funciones de seminario diocesano por varios años.

Por otro lado, el número de chicos externos aumentó también de tal modo que fue necesario pensar en un segundo local. La ocasión la brindó el abandono del Oratorio del Santo Ángel Custodio en el barrio de Vanchiglia. Fundado por el sacerdote Giovanni Cocchi, éste adiestró a sus muchachos e inflamado de amor patrio decidió marchar y empuñar las armas participando con muchos de ellos en la guerra contra los austríacos¹². Don Bosco nunca compartió esta opción y mantuvo diferencias con otras visiones más politizadas de la actividad pastoral en los oratorios¹³. Por el contrario, insistía sobre la naturaleza religiosa y espiritual de su obra e intentó por todos los medios

¹¹ Don Bosco alude al cierre del seminario de Turín y el desconcierto de los seminaristas que se veían atrapados entre dos fuegos: la fidelidad a su Arzobispo y la atracción por las ideas patrióticas que impulsaba la revolución liberal (MO, p. 155). Entre 1847 y 1849 se abrió una importante crisis en el clero y el laicado católico: «Las justas demandas de los ciudadanos, los importantes y urgentes asuntos en debate (reformas liberales, constitución, Guerra de la Independencia italiana contra Austria, etc.) entraron en conflicto con la inquebrantable oposición del Arzobispo a todas las reformas liberales. Pensaba que todo cambio político y social era obra del malvado espíritu revolucionario, que buscaba deshacer la obra de la Iglesia y el estilo de vida tradicional» (AL1, p. 509). Si no con tanta radicalidad, don Bosco respiraba algo de todo este espíritu anti-revolucionario. Escribe en las *Memorias del Oratorio*: «...la campanilla nos llamó a la Iglesia; convocaba precisamente a uno de aquellos sacerdotes (se refiere don Bosco a los sacerdotes patriotas), encargado de desarrollar una plática moral a los pobres muchachos. Pero en esa ocasión fue verdaderamente inmoral. Las palabras libertad, emancipación e independencia fueron las únicas que resonaron el tiempo que duró su discurso. Me encontraba en la sacristía, impaciente por hablar y frenar el desorden...» (MO, p. 160).

¹² «Se trata propiamente de Giovanni Cocchi (1813-1895), autor de múltiples iniciativas juveniles... funda el Oratorio del Ángel Custodio (1840) en un barrio pobre de la ciudad (Moschino); fue el iniciador de la obra de los *Artigianelli* y de la colonia agrícola de Moncucco. Don Bosco no compartió su decisión de llevar a un grupo de jóvenes a la guerra contra Austria (1848-1849)» J. M. Prellezo, *Notas históricas y biográficas*, en MO (p. 157, nota 275).

¹³ «Don Bosco se encontró así en una situación comprometida con los sacerdotes más 'patriotas' que trabajaban en la Obra del Oratorio, como Don Cocchi y Don Ponte. Se daban, además, problemas más prácticos. Hubo que sustituir a los directores y catequistas con frecuencia; surgieron choques y desacuerdos dentro y fuera del Oratorio por cuestiones de competencia, por el deseo de trabajar con independencia, por las dificultades en la relación con los párrocos, por la desigual distribución de los recursos, por la rivalidad en asegurar los bienhechores, etc. No habría que descartar dificultades que surgieron por la diferencia de caracteres» (AL1, p. 528).

permanecer al margen de las opciones políticas. En febrero de 1848, durante las fiestas nacionales que celebraban la proclamación de la nueva Constitución que Carlos Alberto entendía conceder, interpelado por el Marqués Roberto d'Azeglio para que el Oratorio participara en las manifestaciones, don Bosco quiso mantenerse al margen. Lo describe él mismo en las *Memorias del Oratorio*: «Señor, Marqués, es mi firme propósito mantenerme apartado de cuanto se refiere a la política. Nunca jamás a favor, nunca jamás en contra» (MO, p. 159).

La década 1852-1861 será conducida por Camilo Benso de Cavour apoyado en la coalición liberal liderada por Urbano Ratazzi. La política de liberalización laica del estado lleva adelante un plan que afecta gravemente a la Iglesia y que, con la internalización del conflicto y el imparable proceso hacia la unidad de Italia¹⁴, provoca la pérdida de los estados pontificios, la huida del Papa y finalmente la toma de Roma en 1870.

3.3. Don Bosco y el Papa

Hay que afirmar, sin embargo, que, aunque don Bosco quiso mostrar siempre su independencia política y:

Externamente reclamaba neutralidad, había tomado una postura conservadora, solidario con don Cafasso, el arzobispo Franson¹⁵ y Pio IX. Con él estaban también el teólogo Borel, don Carpano, don Roberto y, más tarde, don Leonardo Murialdo y otros, tanto sacerdotes como seglares (AL 1, pp. 527-528).

Y es que la cuestión del papado y la pérdida de los estados pontificios, otra de las consecuencias del periodo político y las turbulencias de la revolución liberal, hizo sufrir mucho a don Bosco. En efecto, el Papa Pio IX, amenazado por

¹⁴ «Esta se lleva a cabo en su mayor parte en el bienio 1859-1860 con la segunda guerra de la Independencia (1859), la expedición de los Mil (1860) capitaneada por José Garibaldi, y las sucesivas anexiones. Y se completa casi íntegramente con la tercera guerra de independencia (anexión del Véneto: 1866) y con la toma de Roma (1870)» (Braido, 1989, p. 12).

¹⁵ «Durante la vida de Don Bosco se suceden en el gobierno de la Iglesia en Turín cinco arzobispos: Columbano Chiaverotti, camaldulense (1818-1831); Luis, de los Condes Franson, de noble familia genovesa (1832-1862): expulsado del Reino de Cerdeña en 1850, muerto en León en 1862; David, de los Condes Riccardi di Netro, de noble familia de Biella (1867-1870); Lorenzo Gastaldi (1871-1883); y el Cardenal Cayetano Allimonda (1883-1891)» (Braido, 1989, p. 14).

la revuelta popular y el poder político que quería despojar al pontífice del poder temporal que ostentaba, se exilió de Roma para poder garantizar su seguridad¹⁶.

Al margen de las causas políticas que provocaron tal situación, el acontecimiento del exilio papal creó en don Bosco y sus muchachos un hondo pesar. Como para muchos católicos de su tiempo, la preocupación por la situación de amenaza que vivía la Iglesia provocó una corriente de solidaridad y simpatía hacia el pontífice que se concretó en numerosos signos de apoyo incondicional al «Vicario de Cristo».

Las necesidades económicas de la Iglesia crearon tal inquietud en el mundo católico que, por todas partes, se tomaron iniciativas solidarias con el fin de paliar la penosa situación de Pio IX. Corría el año 1849 cuando, en el Oratorio de Valdocco, don Bosco propuso a sus muchachos una colecta para recaudar fondos y ayudar al Santo Padre. El mecanismo se pone en marcha con la necesaria motivación pedagógica y aquellos muchachos, entre el abandono y la necesidad de supervivencia, logran recaudar de sus bolsillos maltrechos 35 francos (MO, p. 156).

Don Bosco, con agudeza, quiere darle una solemnidad adecuada al acontecimiento y llama a algunas personalidades de la ciudad de Turín, entre ellos el Marqués Gustavo Cavour, a recoger la ofrenda de los pobres muchachos de Valdocco para el Santo Padre. Un periódico de la ciudad se hace eco del evento y don Bosco consigue la notoriedad del momento para su Oratorio y la simpatía y admiración de la ciudadanía para su obra.

La cercanía de don Bosco al Papa fue siempre manifiesta. A pesar de los vientos liberales y anticatólicos (o quizás también por eso), el sacerdote Juan Bosco lo tuvo claro: si se trataba de elegir entre la fidelidad incondicional al Papa o la adhesión a la causa nacional, la primera opción estará por encima de cualquier otra. En los inicios de la Obra de los Oratorios, colaboraron numerosos sacerdotes en Turín motivados por la sensibilidad religiosa y cari-

¹⁶ Para una nota biográfica de Pio IX y los acontecimientos que le vieron involucrado en la unidad de Italia, la pérdida de los estados pontificios y la toma de Roma, cfr. AL 1, pp. 483-485.

tativa, aunque con presupuestos políticos y sociales diferentes; por ello, es fácil comprender cómo algunas de estas relaciones, como la de don Cocchi, se rompieran a partir de 1848 ante la asunción de la causa liberal por parte de los «curas patriotas» y su rechazo a Pío IX¹⁷.

4. DON BOSCO HERMENEUTA DE LA REALIDAD

Don Bosco fue un hombre de su época. Forjado en medio de los avatares históricos que le tocó vivir, él mismo fue protagonista de la intrahistoria entretejida en un barrio periférico de la ciudad de Turín con vocación y proyección universal. Podemos decir, con toda razón, que la obra de don Bosco incidió en la realidad educativa y social de la segunda mitad del siglo diecinueve no solo en la Italia moderna, unificada y liberal, sino en las nuevas fronteras que la presencia salesiana abrió en Sudamérica y en algunas naciones de Europa. Juan Bosco fue un hombre con los ojos abiertos, un hermeneuta de la realidad que no se contentó con ofrecer pan, techo y perspectivas de un futuro mejor a los jóvenes con los que trabajó, sino que, con su proyecto, hizo palanca en el tejido social de su tiempo para cambiar estructuras injustas y ayudar a forjar un orden nuevo.

4.1. «Vaya y mire...»

Como hemos argumentado, don Bosco interpreta la realidad desde las claves de su tradición monárquica, católica y de su formación teológica claramente neo-escolástica en lo doctrinal y rigorista en cuanto a lo moral (Alfonso María de Ligorio). Defenderá el estado piemontés y la figura del rey; verá, con sospecha, los movimientos libertarios de la unidad de Italia; defenderá siempre al Papa y los derechos de la Iglesia; defenderá el catolicismo frente a la amenaza protestante.

¹⁷ «Non ci si meraviglia perciò di trovare d'accordo sul piano pratico don Cafasso, il teologo Guala e mons. Losana vescovo di Biella, nipote di un parroco che recava le 'cicatrici di Port-Royal', considerato liberaleggiante, ma preoccupato dei giovani biellesi emigrati a Torino, in grazia dei quali aiuta generosamente anche don Bosco... E ci si spiega come mai don Bosco abbia collaborato con il teologo Cárpano, con don Trivero e don Cocchi, fino a quando, nel '48, parve che bisognava scegliere tra la fedeltà incondizionata a Pío IX e l'adesione alla causa nazionale» (Stella, 1979, p. 91).

Pero su formación tradicional y conservadora no será un freno para su acción educativa y evangelizadora en medio de los jóvenes más pobres¹⁸. Con un acentuado sentido práctico y una tenacidad titánica, propias del mundo campesino del que provenía y de una personalidad profundamente creyente forjada en la dificultad, leyó la realidad juvenil con una mirada *compasiva* y con el corazón del *Buen Pastor* que se fue modelando en el contacto de su experiencia religiosa con la crudeza de la vida de los niños y jóvenes del arrabal, la calle y la cárcel.

Lo cuenta el mismo don Bosco, en las *Memorias del Oratorio*, al referirse a los inicios de su ministerio sacerdotal allá por 1842:

Dedicaba enteramente los días festivos a estar con los muchachos: durante la semana, los visitaba en pleno trabajo, en talleres y fábricas. Esta iniciativa constituía un gran consuelo para los chicos, al encontrar un amigo que se ocupaba de ellos... Los sábados me desplazaba a las cárceles con los bolsillos llenos de tabaco, fruta o panecillos para granjearme el afecto de los jóvenes que tenían la desgracia de estar encarcelados; para asistirlos, ganarme su amistad... (MO, p. 94).

Aunque el texto está escrito mucho más tarde, la memoria de don Bosco mantiene la idea central de la experiencia vivida. Entre 1860 y 1861, el Oratorio de don Bosco en Valdocco había sido objeto de alguna inspección desagradable. Para salir al encuentro de las dificultades, don Bosco escribe en los *Apuntes históricos del Oratorio de San Francisco de Sales* (1862)¹⁹, pensando utilizar estas reflexiones como instrumento para una correcta información sobre su obra. En estas pocas páginas, expresa con mucha claridad cómo piensa Valdocco y la realidad que se vive en la casa después de muchos años de experiencia con los jóvenes más abandonados y en peligro de Turín y del Piamonte. Escribe:

La idea de los Oratorios surgió de mis frecuentes visitas a las cárceles de esta ciudad. En estos lugares, donde habían desembocado los fracasos espirituales

¹⁸ Para Stella (1969, p. 503), «La vocazione di don Bosco, quella avvertita già alle soglie dell'adolescenza nell'indimenticabile 'sogno dei nove anni', trova la sua espressione di germe ben formato e turgido nel catechismo a Bartolomeo Garelli l'8 dicembre 1841. Lo zelo sacerdotale vi scopre la dimensione agognata; trova, con l'anelito alla salvezza propria e altrui, anche il modo di attuarla: la carità che si fa amorevolezza industrie e rispettosa».

¹⁹ Don Bosco había ya escrito un «Apunte histórico» en 1854 como preámbulo del Reglamento de los chicos del Oratorio, cfr. AL 1, p. 399.

y materiales, se encontraba uno con muchos jóvenes en la flor de su juventud con mentes despiertas, corazones sanos, que bien podían ser el consuelo de sus familias y el orgullo de su país. Por el contrario, estaban allí en estado de degradación y convertidos en el reproche de la sociedad... La experiencia mostraba también que, si se les ayudaba gradualmente a que se dieran cuenta de su dignidad humana... muchos de ellos cambiarían de conducta, incluso estando en la cárcel, y que, si fueran absueltos, vivirían de tal modo que nunca más tendrían que volver a la cárcel (AL 1, p. 400).

Aunque no faltaban las fuerzas ni la confianza en Dios, sin embargo el día a día no estaba exento de dificultades²⁰ que hacían muy duro el camino y ponían a prueba el proyecto de los Oratorios destinado a jóvenes «pobres y en peligro». La Revolución de 1848 puso en eferescencia la realidad social y, en algunos momentos, las cosas se pusieron complicadas en el mismo Valdocco. Leemos en las memorias del oratorio:

Una especie de exaltación se apoderó de las mentes de los mismos muchachos que, congregándose en varios puntos de la ciudad, en las calles y en las plazas, consideraban lícito cualquier ultraje al sacerdote o a la religión. Yo mismo fui agredido varias veces en casa y en la calle. Cierta día, mientras enseñaba el catecismo, entró una bala de fusil por la ventana; me perforó la sotana, entre el brazo y las costillas, y abrió un gran agujero en la pared. En otra ocasión, un sujeto bastante conocido, a pleno día y encontrándome en medio de una multitud de niños me agredió con un largo cuchillo en la mano... resultaba, pues, muy difícil dominar a tan desenfrenada juventud (MO, p. 149).

Don Bosco no se amilanó ante las complicaciones y continuó adelante con su obra, convencido de que respondía a un proyecto diseñado por la Divina Providencia. La realidad que vivió en Turín de la segunda mitad de siglo, especialmente en su contacto con «la juventud en peligro» le hizo ponerse manos a la obra sin reservar ningún esfuerzo para lograr su objetivo. Su *hermenéutica* no fue solo interpretativa, sino que se hizo praxis comprometida con los problemas concretos que percibía a su alrededor. Desde las coordenadas socio-económicas, políticas y religiosas que vivió, don Bosco desarrolló

²⁰ Los Oratorios de don Bosco viven una fase crítica entre 1849-1852, con conflictos políticos, económicos, sociales (cfr. AL 1, pp. 523-538).

un proyecto singular cuya columna vertebral fue la educación de las clases populares y la idea de la «educación preventiva». El santo sacerdote turinés respondía así a los desafíos de los tiempos, convencido de que la educación, especialmente de los «pobres hijos del pueblo», podría generar cambios y hacer surgir una sociedad nueva.

4.2. Don Bosco y la apuesta por la educación de las clases populares

Don Bosco es consciente de los destinatarios de su proyecto y a quien dirigir sus esfuerzos apostólicos desde los primeros momentos de su obra. Naturalmente, fue madurando en él «cómo» hacerlo ante los desafíos de la realidad de su tiempo. Percibió enseguida la urgencia de la educación y de la instrucción de aquellos jóvenes desprovistos de todo. Escribe en las *Memorias del Oratorio*, refiriéndose a los orígenes de Valdocco y al inicio de los talleres: «Apenas se pudo disponer de otras habitaciones, aumentó el número de aprendices artesanos, que llegó a ser de quince; todos escogidos de entre los más abandonados y en peligro» (en el original añade: 1847).

Don Bosco quiso dedicarse, lo expresa él mismo con claridad, a los jóvenes más abandonados y en peligro en el inicio de su Oratorio. La preocupación por los últimos, por los más pobres, por los más abandonados fue siempre una constante. Así se expresaba en una carta al vicario de la ciudad de Turín en 1846:

[los jóvenes del Oratorio] tienen normalmente entre los diez y los dieciséis años, sin principios religiosos, sin educación, la mayor parte dada a los vicios; dando motivos de quejas públicas y con el riesgo de ser reclusos en lugares de castigo (Motto, 1991, p. 67).

En pleno desarrollo de su obra en Valdocco, don Bosco abre sus primeros talleres entre 1853 y 1856. Son talleres de zapatería, sastrería, encuadernación y, algo más tarde, también de carpintería. Hasta entonces, sus muchachos aprendices habían frecuentado diferentes talleres en la ciudad en los que don Bosco los colocaba al cuidado de algún patrón que los iniciaba en el oficio. Pero las constantes dificultades económicas de la casa y las necesidades educativas de los propios muchachos hicieron pensar creativamente a don Bosco en asumir en primera persona la formación de los chicos. Por otro lado, la «producción propia» ayudaría a aliviar la maltrecha economía del Oratorio al tiempo que suministraba ropa y materiales para los propios muchachos.

Además de la cuestión económica, la preocupación de don Bosco era la de sacar a los jóvenes del ambiente malsano de los talleres de la ciudad. La ocasión parecía una buena oportunidad para orientar en una nueva dirección el proyecto de Valdocco. Así, en este primer momento, la estructura de los talleres reproducirá la de los talleres de la ciudad: el patrón, los trabajadores y los aprendices trabajan juntos.

Se trata también de producir, pero su preocupación está centrada sobre todo en sus muchachos. Seguirá muy de cerca los talleres y los cuidará con mimo eligiendo con atención a los maestros y redactando enseguida un reglamento²¹ que expresa muy bien sus expectativas ante la nueva obra: la profesionalidad, la honestidad, la responsabilidad, el respeto, la dimensión religiosa y las prácticas de piedad estaban presentes en la vida cotidiana de los muchachos:

[Don Bosco] recoge, en los días de fiesta en aquel solitario recinto de 400 a 500, jovencitos de ocho años para arriba, a fin de alejarlos de los peligros y del vagabundeo, e instruirlos en los principios de la moral cristiana. Y lo hace entreteniéndolos en agradables y honestas diversiones, tras haber asistido a los ritos y ejercicios de piedad religiosa... Todo esto para educarlos moral y cívicamente... Pero lo que da mayormente a don Bosco derecho al reconocimiento ciudadano es el asilo que ha abierto allí, en la misma casa del Oratorio, para los muchachos más necesitados y harapientos. Cuando él conoce o encuentra alguno más envilecido por el abandono, no lo pierde de vista, lo lleva a su casa, lo reconforta, le quita sus andrajos, le pone un vestido nuevo, le da comida mañana y tarde hasta que, encontrándole un patrono y trabajo, sabe que le ha procurado un honrado sostenimiento para el futuro, y puede atender con más seguridad a la educación de la mente y del corazón (Danna, 1849, p. 45).

Don Bosco es, sobre todo, educador de jóvenes. He aquí su apuesta en tiempos de ocaso y de cambio de paradigma socio-cultural y económico. Su desarrollo de la «preventividad» en términos de educación ofrece singularidades que se expresan en la experiencia original vivida en Valdocco en la segunda mitad del diecinueve. Son el propio contexto en el que se desarrolla su obra y los desafíos de los jóvenes en una sociedad en profundo cambio los que determinan la evolución y la madurez de su sistema: «en efecto, la experiencia educativa de

²¹ Para la edición crítica del *Reglamento* de 1854, cfr. Braido (1988).

don Bosco y las reflexiones teóricas y normativas que la acompañan se han formado en muy diferentes momentos cronológicos y en contextos socio-ambientales e institucionales notablemente diversos» (Braido, 1989, p. 50). Pero, admitiendo que no sea fácil ni deseable una reconstrucción demasiado sistemática y uniforme del sistema pedagógico de don Bosco, es innegable que el bagaje y la sensibilidad personales, el contexto y las diferentes etapas en las que madura el proyecto salesiano marcan la inspiración básica de la experiencia pedagógica y van forjando al educador-pastor.

4.3. Don Bosco y el cambio social

Nos parece importante, en la recta final de esta reflexión, poner el acento en el cambio social que don Bosco impulsa con la obra de los Oratorios y su proyecto educativo. Nos referimos una vez más a los *Apuntes históricos del Oratorio de San Francisco de Sales* (1862):

En cada año, se ha logrado a colocar a varios centenares de jóvenes junto a buenos empresarios con los que han aprendido un buen oficio. Muchos volvieron a sus casas y a sus familias de donde habían huido; y ahora se mostraban más dóciles y obedientes. No pocos fueron empleados en honestas familias... bastantes de ellos encuentran trabajo en las bandas de música de la guardia nacional o en las bandas militares; otros continúan su oficio en nuestra casa; un número importante se dedican a la enseñanza; estos hacen regularmente sus exámenes o quedan aquí, en casa, y van en calidad de maestros a los pueblos donde se les requiere; algunos hacen también carreras civiles.

Como dice P. Stella (1969), uno de los mejores conocedores del siglo de don Bosco:

A partir de 1863 se asiste a un multiplicarse de colegios, hospicios, escuelas para artesanos, escuelas agrícolas, seminarios abiertos o regidos por salesianos y su preferencia por los internados... El colegio salesiano contribuyó a alimentar, con una sólida formación de jóvenes generaciones, las fuerzas católicas en Italia y en el mundo (p. 123).

El santo, siendo joven sacerdote, vio, escuchó, supo captar la realidad social de su tiempo y ponerse manos a la obra para tratar de paliar los efectos desastrosos de una incipiente pre-revolución industrial y de un masivo éxodo joven del campo a la ciudad que estaban dejando en la cuneta a los hijos de nadie.

Eran, la mayor parte, emigrados en busca de fortuna, excluidos de la realidad social que emergía imparable al paso del nuevo orden económico.

En Turín del siglo diecinueve, don Bosco se dio cuenta de que no bastaba partir el pan de la solidaridad con los más necesitados, sino que era necesario hacer palanca sobre los rígidos cánones pre-industriales y la nueva economía burguesa para propiciar un cambio social. Se trataba, en efecto, de dar más a los que menos tenían y ofrecerles nuevas oportunidades.

La «obra de los Oratorios», como don Bosco llamaba a su proyecto, quiso hacer protagonistas a los jóvenes de su propio futuro, implicarlos en su desarrollo y en el cambio social en medio de un mundo que nunca presta suficiente atención a los más vulnerables.

Sus resultados fueron más que notables en el campo de la educación, la capacitación y la inserción social: mejoró las condiciones laborales de sus chicos, redactó los primeros contratos de trabajo asegurando derechos, se puso a la vanguardia de la formación profesional y, lo más importante, devolvió dignidad y futuro a miles de jóvenes. Su proyecto educativo-evangelizador les ayudó a descubrir cuánto los quería Dios.

Fue la otra revolución ajena a las grandes ideas culturales y económicas que bullían en los países más desarrollados de Europa. Don Bosco impulsó un cambio social y vislumbró otra realidad que se empeñó en hacer emerger con todos los recursos a su alcance. La de un mundo diferente en el que nadie es excluido ni condenado a comer sólo las migajas que caen de la mesa del señor. En momentos de crisis, la fuerza utópica y la tenacidad de aquel joven sacerdote turinés son un estímulo para creer que otra realidad es posible aún en tiempos, como los nuestros, de cambio de paradigma, de pocas certidumbres y de futuro incierto.

5. CONCLUSIÓN

Don Bosco es hijo de una época y, contemporáneamente, transformador y renovador de un tiempo y un contexto que quizás hoy no se entenderían de igual modo sin su aportación educativa, religiosa y social. A nadie se le escapa que su proyecto, prolongado en el tiempo, tiene la dimensión de las grandes obras que sólo los grandes hombres pueden acometer. Al hombre, al educador, al fundador, lo forjó una época; pero se puede afirmar igualmente que un tiempo nuevo se acuñó con su proyecto.

No escapó la gigantesca dimensión del personaje a muchos de sus contemporáneos. De entre ellos, nos ayuda a concluir nuestra reflexión el Cardenal Marcelo Spínola y Mestre²², que escribió la primera biografía de don Bosco en lengua castellana en 1884. Las palabras del entonces obispo auxiliar de Sevilla, cuando todavía vivía don Bosco y referidas a su viaje a París, nos contextualizan mejor que ninguna otra la proyección de su figura más allá de las fronteras italianas cuando ya el siglo declinaba:

Allá por el mes de abril de 1883, llegaba a París un hombre entrado en años y al parecer flaco de fuerzas, pero de agradable rostro y sencillos aunque nobles modales, el cual viajaba modestamente, sin tren ni aparato alguno... El pueblo, la aristocracia, el clero, todas las clases de la sociedad, en una palabra, esmerábanse a porfía en dar muestras de estima al huésped que albergaba dentro de sus muros la ciudad del Sena; y así en los círculos más altos como en los más bajos se hablaba de él. ¿Quién era ese personaje que, de esta suerte, excitaba la pública atención en un pueblo de la calidad de París, habituado al espectáculo de todo linaje de grandezas, y que, por lo mismo, ante ninguna, se detiene para pagarle tributo de respeto o admiración?.. El hombre que atraía todas las miradas de las gentes, y servía de terna a todas las conversaciones, no era el zar de Rusia o el emperador Guillermo de Alemania, el conde de Bismark o el príncipe de Gortschacoff, un embajador de China o un cacique de las islas de la Oceanía... Era un varón humildísimo, un pobre sacerdote católico, sin posición en la Iglesia, sin fortuna y sin poder: era el presbítero italiano don Juan Bosco (Spínola, 2012).

Definitivamente don Bosco, el pobre campesino de I Becchi, se había hecho universal. Su obra, perdurando en el tiempo, estaba llamada a extenderse por el mundo entero.

²² Don Marcelo Spínola y Mestre (1835-1906) fue obispo auxiliar de Sevilla (1881) de Coria-Cáceres (1884) y de Málaga (1886); fue nombrado arzobispo de Sevilla (1896) y creado Cardenal en 1905. Fundó la Congregación de las Esclavas del Divino Corazón. Gran amigo de la obra salesiana. Salesiano Cooperador. Fue beatificado por Juan Pablo II en 1987.

BIBLIOGRAFÍA

- Bosco, J. (1873-75). *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855*.
- Bosco, J. *Memorie dell'Oratorio*. (2011). En A. Giraudo (a cura di), *Memorie dell'Oratorio di S. Francesco di Sales dal 1815 al 1855: saggio introduttivo e note storiche*. Roma.
- Bracco, G. (1989). *Torino e Don Bosco I*. Torino.
- Braido, P. (1988). *Don Bosco per i giovani: L'Oratorio, una «Congregazione degli Oratori»* [edición crítica del Reglamento de 1854]. Roma: ISS.
- Braido, P. (1989). *La esperienza pedagogica de Don Bosco*. Roma.
- Braido, P. (2009). *Don Bosco, sacerdote de los jóvenes en el siglo de las libertades 1*. Rosario.
- Danna, C. (1849). *Cronichetta*, en *Giornale della Società d'istruzione e d'educazione*, I.
- Estrada, J. A. (2005). *La pregunta por Dios*. Bilbao.
- Giraudo, A. (s.f.). *L'importanza storica e pedagogico-spirituale delle Memorie dell'Oratorio*.
- Giraudo, A. (2012). *Estudio introductorio y notas históricas de Memorias del Oratorio*. Madrid: CCS.
- Lemoyne, J. B. (1981). *Memorias Biográficas de Don Juan Bosco [vol. III]*. Madrid.
- Lenti, A. J. (2011) *Don Bosco: Historia y carisma 1. Origen: de I Becchi a Valdocco (1815-1849)*. Madrid: CCS.
- Levra, H. (1989). *Il bisogno, il castigo, la pietà*. Torino.
- Motto F. (1991). *Giovanni Bosco. Epistolario. Introduzione, testi critici e note. Vol. I (1835-1863). Lettera 21, al vicario della città di Torino Michele Benso di Cavour*. Roma.
- Spínola, M. (2012). *Don Bosco y su obra*. Madrid.
- Stella, P. (1969). *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica, Vol. II: Mentalità religiosa e spiritualità*. Zürich.
- Stella, P. (1979). *Don Bosco nella storia della religiosità cattolica, vol. 1: Vita e opere*. Roma.
- Stella, P. (1980). *Don Bosco nella storia economica e sociale (1815-1870)*, Roma.
- Tuninetti, G. (1983). *Lorenzo Gastaldi 1815-1883 [vol. 1]*. Casale Monferrato.
- Wirth, M. (2000). *Da Don Bosco ai nostri giorni. Tra storia e nuove sfide*. Roma.